

Necesario pero imposible

O ¿qué podemos esperar?

Javier Gomá Lanzón



NECESARIO
PERO Javier Gomá Lanzón
IMPOSIBLE

taurus


Taurus Pensamiento

Páginas: 296 / Precio: 20,00 €

Rústica / 15 x 24 cm

Para ampliar esta información

puedes contactar con:

María Santamaría

T 677 923 318

santamaria@santillana.es



Javier Gomá Lanzón

Nació en Bilbao en 1965. Es doctor en Filosofía y licenciado en Filología Clásica y en Derecho. Ganó las oposiciones al cuerpo de Letrados del Consejo de Estado con el número 1 de su promoción. Desde 2003 es director de la Fundación Juan March. Obtuvo el Premio Nacional de Ensayo de 2004 por su primer libro, *Imitación y experiencia* (2003), que, junto con *Aquiles en el gineceo* (2007) y *Ejemplaridad pública* (Taurus, 2009), conforman una trilogía dedicada a la experiencia de la vida. Ha reunido sus ensayos y conferencias en *Ingenuidad aprendida* (2011) y en *Todo a mil* (2012), y ha dirigido el volumen colectivo *Ganarse la vida en el arte, la literatura y la música* (2012). En la «Todo a mil» del *Babelia*, suplemento cultural de *El País*, publica cada tres semanas un microensayo filosófico. Escribe regularmente en periódicos, revistas y suplementos y colabora en Radio Nacional de España (RNE). Es patrono del Teatro Real. En 2012 la revista *Foreign Policy* (en español) lo incluyó en la lista de los cincuenta mejores intelectuales iberoamericanos más influyentes.

Sinopsis

Lo primero en la vida es ser genuinamente individuales y todo lo demás parece secundario, incluso ser felices o virtuosos. Pero el hombre, que es consciente de su dignidad incondicional, conoce al mismo tiempo el indigno destino que como individuo le está reservado: la muerte. La pregunta por la esperanza en una continuidad de lo humano más allá de la destrucción de la muerte es, pues, completamente natural. De hecho, desde Platón a Kant la tradición filosófica consagró un tratado específico a la inmortalidad del alma, pero a partir del siglo XIX se desentendió de la posibilidad de una supervivencia personal.

Este libro recupera para la filosofía la cuestión de la esperanza. Como ha llegado a nosotros envuelta en un universo simbólico que la convierte en inasumible para la conciencia moderna, el libro emprende la tarea de «civilizar el infinito» a fin de hacer creíble la hipótesis de una tal supervivencia, entendida no como inmortalidad del alma sino como mortalidad prorrogada. Después, medita filosóficamente sobre el precedente canónico en Occidente de una prórroga de esa naturaleza, el profeta de Galilea, muerto y resucitado según sus seguidores y a quien éstos, además, recordaron como un modelo de ejemplaridad perfecta.

La ejemplaridad, que fue el hilo conductor de la trilogía de la experiencia —*Imitación y experiencia*, *Aquiles en el gineceo* y *Ejemplaridad pública*—, lo es también, por consiguiente, de este libro sobre la esperanza, última entrega de un vasto ensayo filosófico, desarrollado por su autor durante más de tres décadas, que interroga cómo llegar a ser individual en este mundo y, a la vez, cómo esperar seguir siéndolo fuera de él.

¿Qué ES este libro?

Un proyecto de civilizar el infinito, de pensarlo de forma madura, pues se nos ofrece normalmente envuelto en una tradición cultural, religiosa y simbólica difícilmente aceptable para una mentalidad moderna y secularizada.

Un estudio sobre el hombre y sus posibilidades existenciales (esperanza); el hombre que llega a ser individual en este mundo, quiere saber si la historia de la individualidad y de lo humano se termina o no con la muerte.

Un libro de estricta filosofía: un intento de recuperar el antiguo tratado de la inmortalidad del alma para la filosofía, la cual había abandonado el tema desde Kant hasta nuestros días.

Un esfuerzo por abordar la cuestión de la supervivencia del individuo más allá de la muerte con una aproximación y categorías creíbles, razonables y verosímiles para una mentalidad moderna: no como inmortalidad del alma sino como mortalidad prorrogada.

Una investigación potencialmente interesante para toda persona (cualesquiera que sean sus opciones existenciales) que vive de modo consciente su vida y se plantea esta prórroga post-mortem de lo humano, le preste o no luego su asentimiento a esa posibilidad.

El libro culmina un largo proyecto filosófico con el hilo conductor de la ejemplaridad que comprende cuatro títulos, todos ellos ampliamente recibidos por la crítica y los lectores.

Incluye, como coda final, un capítulo titulado «Raptado por las Musas», ensayo sobre la vocación literaria, que describe la emoción que ha impulsado al autor a dedicar tantos años (hasta 30) a la composición de la tetralogía.

¿Qué NO ES este libro?

No es un libro sobre el futuro del mundo sino de lo que habría fuera o después del mundo.

No es un libro sobre Dios, aunque interviene como actor secundario.

No es un libro de teología, aunque tiene en cuenta la teología de la secularización y las investigaciones sobre el Jesús histórico.

No es un libro confesional, no incluye recetarios, no dispensa al lector de pensar por sí mismo y tomar sus propias decisiones.

Primero, la trilogía de la experiencia; después, la esperanza como ampliación de las posibilidades humanas

Durante la investigación anterior, sostenida a lo largo de muchos años, habíase decretado una suspensión provisional del estudio de la esperanza. Primero era preciso —ésta fue la tesis— abordar con parsimonia la descripción de la estructura de la experiencia sin permitir que apareciera confundida con otros elementos, culturales, míticos o religiosos, que difuminaran o incluso borrarán la raya que la separa de éstos. Para evitar mixtificaciones inconvenientes, el análisis de la experiencia se deslindó escrupulosamente de cuanto no comparte sus propiedades empíricas y universales. Sólo una vez coronada la trilogía de la experiencia, *Necesario pero imposible*, último libro de un plan de cuatro trazado desde antiguo, levanta la suspensión decretada en esos *preambula spei* y, como corolario de ellos, introduce al fin la cuestión de la esperanza.

De todas las acepciones que tiene la palabra «esperanza» en el uso corriente, aquí se usará en un sentido muy ceñido. Se distingue de las expectativas de poseer un bien de los que están disponibles en el mundo de la experiencia —como felicidad, placer, salud, honor, poder, fortuna o éxito— y se refiere siempre a una expectativa trasmundana: la de que el hombre, después de la muerte, siga siendo un yo individual como antes de morir; en suma, aquello que el tratado clásico de filosofía designaba como la inmortalidad del alma.

Se trata de una preocupación primariamente humana. El libro privilegia el enfoque ontológico y antropológico sobre el teológico. Interroga sobre una hipótesis que, si fuera razonable creerla, aumentaría las posibilidades del hombre (antropología) y ensancharía el campo de una realidad no restringida a los límites de la experiencia observable (ontología). Ciertamente se ocupa también de materias como la intervención de Dios en el sostenimiento de esa individualidad *post mortem* o su relación general con el mundo, que sólo admite ser calificada de desconcertante. Queda pendiente una monografía específica sobre Dios que llevaría el título de *Deus absconditus* y que habría de dar razón de su invisibilidad y su pasividad, teniendo en cuenta que la única alternativa a su ocultamiento, si no logra explicarse de alguna forma humanamente entendible, sólo puede ser la admisión de su inexistencia, lo cual sería recibido como un objetivo empobrecimiento por todos aquellos que son capaces de repetir los versos de Verlaine:

Ô mon Dieu, vous m'avez blessé d'amour
Et la blessure est encore vibrante
Ô mon Dieu, vous m'avez blessé d'amour.

Pero ése sería otro libro. En éste, el protagonismo recae, se insiste, en el hombre, en su destino y en el universo de sus posibilidades existenciales.

La esperanza en una continuidad post-mortem de lo humano formó parte esencial de la tradición filosófica desde Sócrates a Kant, pero después de éste se abandonó

Desde el Sócrates platónico hasta la segunda *Crítica* de Kant, el tratado sobre la inmortalidad del alma ha formado parte de pleno derecho de la gran tradición filosófica occidental. Después, durante el siglo XIX, desaparece súbitamente como tema filosófico y se entrega *in toto* a la teología y a la piedad religiosa. ¿Qué tienen que decir sobre el tema nombres como Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, Wittgenstein, Heidegger, Ortega y Gasset o Sartre? Nada. Y la segunda mitad del siglo XX no hace más que confirmar aún más esta tendencia omisiva. Con pocas excepciones (Unamuno es una de ellas), la filosofía ha abdicado de pensar sobre materia tan trascendental para el individuo, asumiendo —la mayoría de las veces de forma sólo implícita, sin discusión, como asunto ya resuelto y decidido— el axioma positivista que concede a la experiencia del mundo el monopolio de la realidad.

Si toda realidad posible se resume en aquel mundo del que tienen experiencia directa los sentidos, es obvio que huelga cualquier cavilación filosófica acerca de una existencia humana individual después de la muerte. Pero esa asunción, la de que la experiencia ostenta el monopolio exclusivo de la realidad, es ella misma una creencia y, como tal, de una naturaleza no muy distinta de la esperanza misma. Lo que interesa, a la postre, es establecer cuándo y bajo qué condiciones parece sensato sostener una creencia determinada. Una vez sentado esto, bien pudiera suceder que fuera aplicable a la esperanza en una supervivencia trasmundana aquello que el abate Vécard espetó al señor Thibault sobre Dios en el curso de una conversación confidencial: «Un poco de ciencia aleja de Dios; mucha lleva a él».

Este libro es una reivindicación para la filosofía del tema ahora colonizado por otras disciplinas. Es un tema que interesa especialmente al yo moderno, consciente de su dignidad y de su indigno destino

Una reivindicación para la filosofía del tratado de la inmortalidad del alma como la que propone este libro ha de empezar por reconocer que los fundamentos espirituales que vieron nacer ese antiguo tratado ya no son los nuestros. En sus primeras formulaciones, la inmortalidad se concebía como una liberación de las ataduras del cuerpo y la elevación del alma a las regiones superiores del cosmos, la bóveda celeste donde se hallan las estrellas y moran los dioses. Para el yo moderno la imagen de un cosmos perfecto, regular y completo, que

integra todos los seres, incluido el hombre y su supervivencia *post mortem*, ha dejado hace mucho de ser una interpretación veraz de su experiencia del mundo.

El yo moderno hace en determinado momento el paradójico descubrimiento de que, como totalidad autónoma, escindida del cosmos, es una individualidad única e irrepetible pero también el de que, pese a esta suprema dignidad, el mundo le tiene preparado un destino indigno: su muerte. Ser contemporáneo significa aceptar con honestidad tanto esta condición antitética del yo como el hecho de la injusticia estructural del mundo con él. Ninguna filosofía puede hoy ignorar este dato fundamental sin incurrir en anacronismo.

Es natural que ese yo en continua intimidad consigo mismo, a quien se le permitió nacer y madurar en este mundo, al sorprenderse un día ya adelantado en el camino de la vida, anticipe la destrucción que le está reservada y sienta el deseo de no morir y, dado lo inflexible de la ley que lo ordena, el de seguir siendo después con un yo tan individual y corporal como antes. En consecuencia, la pregunta por la supervivencia *post mortem* es perfectamente pertinente y aun ineludible, incluso en nuestro tiempo positivista, siempre que sepa formularse de una manera verosímil para una mentalidad actual.

Pero es necesario civilizar el infinito, es decir, plantear el problema por medio de categorías razonables y veraces para la conciencia moderna. No inmortalidad del alma sino mortalidad prorrogada

Para nosotros, *los modernos*, lo primero es llegar a ser individuales y todo lo demás en la vida —felicidad, sabiduría, santidad, placer, gloria— lo juzgamos positivamente sólo en cuanto ya somos individuos en el más pleno significado del término. Por otra parte, esta individualidad moderna autofundante, que halla en sí misma el sustento de su «ser» y no depende de una fuente más originaria, se caracteriza esencialmente por su condición finita.

Sólo ahora, en el presente estadio de la cultura, puede el hombre complacerse en su condición finita porque la secularización nos ha enseñado a estimar la dignidad y la densidad del modo contingente del «ser» y las de aquellos entes mortales sin necesidad lógica de existir y por eso mismo merecedores de ser contemplados como un lujo ontológico. Cuando Aristóteles escribe: «Debemos en la medida de lo posible inmortalizarnos y hacer todo esfuerzo para vivir de acuerdo con lo más excelente que hay en nosotros», presupone que lo inmortal y eterno ha de ser admitido como lo más excelente por principio, lo que responde a la antigua cosmovisión que organiza el mundo en región sublunar corruptible y, encima, firmamento estable y eterno, siendo la aspiración humana progresar en esa ascensión por la escala del «ser». Para nosotros, los modernos, la individualidad mortal, finita y contingente ya es de hecho la culminación de los entes de este mundo, la última etapa de la evolución de la vida y su manifestación óptima, y

no anhela ninguna transformación en otra cosa superior ni ambiciona superación alguna de su mortalidad finita. Ser individual equivale a ser mortal porque la mortalidad es la materia en la que está tallada la forma de nuestra individualidad más propia y genuina.

Esta conclusión obliga a reinterpretar desde la nueva perspectiva el antiguo tratado de la inmortalidad del alma para depurarlo de unos ingredientes tributarios de la cosmovisión clásico-medieval en la que se forjó. Antes del alumbramiento de la subjetividad moderna los hombres pudieron imaginar la supervivencia *post mortem* como una eternización del alma —esa centella divina— ocurrida dentro de los confines del cosmos, pero para la conciencia moderna esa concepción es inasumible. Primero, porque, habiéndose constituido el yo en una totalidad independiente del cosmos, su supervivencia no habrá de consistir en un nuevo estadio dentro de la experiencia del mundo sino en una salida de ese mundo. Además, no cabe pensar en una existencia futura del yo que implique una ruptura de su unidad psicosomática —desechar por inservible, como un despojo, el cuerpo corruptible para permitir la divinización del alma inmortal—, en la medida en que el cuerpo forma parte de la identidad del individuo tanto como el alma, si es que esta distinción entre cuerpo y alma conserva algún sentido.

Por último, ese eternizarse o divinizarse del alma inmortal implicaría por fuerza, conforme a lo arriba establecido, desvirtuar la condición finito-mortal del hombre y, por consiguiente, una lamentable pérdida de su individualidad, y nadie, entre los modernos, querría immortalizarse al precio de sacrificar su yo, justamente aquello que se trataba de preservar desde el principio y a todo trance, porque la supervivencia o es individual o no es en propiedad supervivencia. De modo que, el antiguo tratado, remozado desde la perspectiva contemporánea, no versaría propiamente ni sobre la inmortalidad ni sobre el alma: si hubiera razones para sostener la esperanza, lo sería no de un alma inmortal sino en todo caso de una *mortalidad indefinidamente prorrogada*.

No es un libro de teología pero no desdeña los resultados de dos clases de investigación teológica: la teología de la secularización y la nueva ciencia moderna sobre el Jesús histórico

En el momento presente la esperanza se halla custodiada y administrada por la teología, la religión organizada y la piedad, y este libro desea reclamarla también para la filosofía. Pero de ello no se sigue que a la filosofía le esté vedado utilizar para sus fines algunos de los resultados que suministra la investigación teológica, la cual en el pasado siglo escaló las más altas cimas. En concreto, vale la pena mencionar dos líneas de pensamiento particularmente fértiles para una visión filosófica de la esperanza.

En primer lugar, las brillantes aportaciones de la teología de la secularización que desde Bonhoeffer tanto han contribuido a reconocer

la autonomía del mundo —el lugar de la experiencia universal del «común de los mortales»— alejando del hombre contemporáneo el peligro, tan frecuente en la historia de la humanidad, de rendir culto idólatrico a lo que no es Dios sino cultura, política o negocio hecho en su nombre.

Y, en segundo lugar, los admirables estudios científicos sobre el Jesús histórico. Cuando los discípulos del profeta itinerante, muerto en la cruz, afirmaron que habían visto a éste resucitado —tan individual como antes, aunque fuera del mundo—, introdujeron en la historia del pensamiento universal una idea absolutamente novedosa sobre la posibilidad de una supervivencia *post mortem*, no deducible de préstamos anteriores. Ya sólo por eso una teoría de la esperanza está obligada a tomar en consideración la figura del profeta de Galilea.

Sin embargo, la resurrección no es, ni siquiera para sus seguidores, un hecho de experiencia y en consecuencia sólo tangencialmente lo toca la investigación científica sobre el Jesús histórico, la cual, en cambio, ha destacado con energía la peculiar ejemplaridad de su persona, que incluso los más acreditados anticristianos como Nietzsche han reconocido sin miramientos. Los filósofos hasta el día de hoy vuelven una vez y otra, incansables, a la figura de Sócrates, a quien mencionan a cada paso con ocasión o sin ella en sus cogitaciones, pero en cambio se olvidan casi siempre de ese otro ágrafo de Galilea, muerto en circunstancias similares, de vida y doctrina al menos tan incitantes para una meditación filosófica libre de prejuicios como las del ateniense y sin parangón posible en la proyección de su influencia sobre la historia de la humanidad.

El concepto de ejemplaridad, que fue el hilo conductor de la trilogía de la experiencia, también lo es de este libro sobre la esperanza

Es oportuna la alusión a la ejemplaridad porque este concepto sirve de hilo conductor al ciclo de cuatro libros que *Necesario pero imposible*, su última entrega, completa finalmente. La trilogía anterior dedicada a la experiencia de la vida estudió la historia de la ejemplaridad y presentó los fundamentos de una teoría general, dividida en una parte pragmática y otra metafísica; siguió el camino existencial —estadio estético y estadio ético— recorrido por Aquiles hasta convertirse en paradigma de la ejemplaridad humana; y aplicó la idea de la ejemplaridad a una filosofía de la cultura, a una teoría de la democracia y de la ética, con sus implicaciones en estética y en antropología.

Ya se ha insistido en la distancia que separa la *experiencia* del mundo y la *esperanza* en una posibilidad humana allende el mundo así como en la necesidad de evitar la frecuente mixtificación entre ambas dimensiones separables de lo humano, lo que justifica una presentación diferenciada de ellas como la que aquí se lleva a cabo.

Y, con todo, si puede hablarse aquí de un plan es porque el conjunto de los cuatro libros ofrece una misma visión de la realidad —la que sobrevino al autor de golpe una tarde de primavera y le ha tenido

rehén de las Musas durante más de treinta años—, imagen panorámica descomponible en un pequeño número de axiomas que fueron definiéndose poco a poco mientras se sostenía la emoción primera y de los que se infiere un teorema de validez general sobre la experiencia y la esperanza. El bastidor que soporta la integridad del cuadro es, una vez más, la *ejemplaridad*, idea-eje que atraviesa de un extremo a otro la trilogía antecedente pero también el estudio que sigue sobre la esperanza, y que por ese motivo presta unidad sistemática a todo el proyecto filosófico.

Ello explica no sólo que la ejemplaridad siga siendo el rodrión en torno al que crecen y trepan los argumentos desarrollados en *Necesario pero imposible*, sino también que en este libro reaparezcan, adaptadas al nuevo tema, algunas de las categorías que la previa descripción sobre la experiencia de la vida fue derramando a su paso, como, verbigracia: el mundo injusto, la nostalgia como sentimiento constitucional en el hombre, el ejemplo perfecto, el universal concreto, el «ser» personal-ejemplar, la co-ejecución como acceso a la verdad, el principio de facticidad y la red de influencias mutuas, los estadios en el camino de la vida, la individualidad como mortalidad política, el binomio igualdad/finitud implícito en el sintagma «el común de los mortales» y su dignidad intrínseca, la vulgaridad del corazón, la necesidad de su reforma, la mala conciencia que nace ante la fuerza de una ejemplaridad en presencia, el carácter carismático y transformador de ésta o su capacidad de inspirar confianza en los demás, entre otras.

Final de la tetralogía

Al final, los cuatro libros no son más que otros tantos capítulos de una única confesión íntima. Publican las instrucciones privadas que se ha dado el autor a sí mismo para intentar un doble objetivo: llegar a ser individual en este mundo y, a la vez, albergar la esperanza —contra toda experiencia— de seguir siéndolo fuera de él. Mantener simultáneamente dos platillos en el aire sin dejar de mover las manos ni de avanzar por el camino. Eso es todo.

Críticas a *Ejemplaridad pública* (Taurus 2009), el libro que ha contribuido a poner en el centro de la discusión mediática la noción de «ejemplaridad»

«Javier Gomá se ha convertido con todo merecimiento en una destacada figura del panorama intelectual español.»

El Cultural

«Hasta ahora las sociedades han hecho de formas diversas de necesidad virtud para detener su progresión moral; es hora, tal vez, por fin de hacer virtud de necesidad. Este libro apunta algunas posibles vías para realizarla.»

La Razón

«Gomá, por el planteamiento del ensayo *Ejemplaridad pública*, confirma que es un pensador con aspiraciones populares, que pretende que la filosofía sirva para dar respuestas a la sociedad con problemas, y no dedicarse solamente a generar mil y una brillantes preguntas.»

Diario Público

«Los españoles siempre hemos tenido un filósofo de moda: D'Ors, Ortega, Marías, Aranguren... Ahora, *l'homme à connaître* es Javier Gomá, hombre de la mayor solvencia y, quién lo iba a decir, catapultado en estos tiempos de escándalos por su concepto de "ejemplaridad pública".»

La Gaceta

«Fue un ensayo de una repercusión enorme cuyo título contenía claramente el concepto que desarrollaba en su interior. Tuvo entonces éxito, pero la teoría del abogado y pensador ha regresado a la vida pública con fuerza.»

La Razón

«La ejemplaridad ha merodeado durante siglos por los códigos, aunque sin ser definida por ellos. Ha navegado las orillas de la filosofía, pero sin ser tratada específicamente en los manuales. Hasta que el filósofo Javier Gomá le consagró un ensayo entero: *Ejemplaridad pública*. El libro tuvo su repercusión entonces, pero es ahora cuando todos parecen decididos a agarrarse a la idea como a un clavo ardiendo»

El País

taurus


 PRISA EDICIONES